

La casa
Seudónimo: Monnayda

Mariana no quiso venir. Al principio, cuando recibió la carta, un ansia se precipitó junto al recuerdo, como si su infancia se hubiera hecho roca y con la llegada de aquellas letras se derribara, se desmoronara piedra a piedra lo que tanto le costó construir. No se puede imaginar, doctora Jiménez, lo que mi hermana vivió en aquella casa, en nuestro hogar durante los años de infancia. Dolor, mucho dolor sufrió, y ninguno de los tres hermanos supimos ver en sus ojos perdidos el padecimiento. Ni mi madre, ella tampoco miró a su hija con ojos de justicia. Hasta el final de su vida. Entonces fue cuando parece que despertó, en el final... Ahora, con los años, pienso que ella lo tapó, sin ser consciente de la gravedad, sin analizar la trágica repercusión de la omisión, mi madre calló el drama. Nunca se debe juzgar a una madre, no, no está bien, pero es que aquello fue demasiado, créame. No entiendo cómo pudo haberlo guardado, no lo puedo comprender.

El resto de hermanos también teníamos lo nuestro. Aquella casa era un cobijo. Sí, nuestra casa recogía la furia que mi padre reprimía con los demás. Allí derramaba como una bestia todos sus complejos, sobre nosotros, echando salivajos entre gritos y desmesuras, entre manos abiertas y golpes irritados. No conoció otras formas, siempre condicionando y presionando a través del miedo. Nos pegaba. Nos pegó desde siempre. Imposible un recuerdo donde no caiga su mano inquisidora, sus palabras afiladas, ninguno, porque siempre nos maltrató. Mi madre también recibía lo suyo, y cuando mediaba entre nosotros, después, cobraba doble, (así hablaba él). A pesar de todo, muchas veces intervino, con intención de protegernos, y muchas veces terminó tirada en cualquier rincón de la casa, enroscada sobre su propio cuerpo.

Día 1. Hoy tengo que hablar del Nuevo Inconsciente. Definición: *Conjunto de respuestas programadas por la selección natural. Existe porque tiene ventajas adaptativas desde el punto de vista evolucionista*

¿Sabe usted, doctora? A Mariana nunca le pegó. Era la pequeña, la más hermosa (con diferencia), y nunca la golpeó con aquellas manos persecutorias, con aquellas manos que, aún hoy, veinte años sin tocarlas, continuo aborreciendo. Es algo de lo que jamás me libraré. Es algo que se me coló dentro. ¡Pobre Mariana! Yo, tres años mayor y niña como ella, le tuve celos. Quería librarme de los palos, quería las caricias y los susurros que mi padre solo le

ofrecía a ella, parecía mejor que lo que yo recibía, sentía rabia de su suerte y en ocasiones la envidié. ¡Qué feo lo que digo!, ¿verdad?

Roberto y Daniel se hacían los fuertes. Eran los hermanos mayores, y aguantaban sin lágrimas las guerras continuas. La mala educación les obligó a la contención. Luego lloraban, claro que lloraban, y temían, porque al final eran niños, y también, por más que no quisiéramos, hijos de la bestia, cuerpos nacidos de la aversión, de la repugnancia desmesurada. Hay tanto que contar y explicar sobre ellos.

Unas semanas atrás nos llegó la carta. Hacía veintiún años que habíamos salido de la casa del espanto, cada uno con un rumbo, deshechos, cada hermano perdido entre el dolor, disparados hacia cualquier lugar que no nos recordara nuestra vida. ¡Una huída tan necesaria!

Tampoco nos habíamos visto entre nosotros, era curioso cómo necesitábamos la distancia. Era como si vernos las caras nos trajera, de nuevo, el drama que deseábamos abandonar. Nuestro silencio bastó y ninguno necesitó la explicación del otro porque todos sentíamos lo mismo. Ganas de olvidar, eso era, necesidad de borrar el quejido de la huella, la profundidad del dolor. Era necesario convencernos de que ya había pasado, de que ya se había olvidado, aunque por las noches, sin nadie a quien fingir una sonrisa intrusa, lloráramos y nos revolviéramos bajo la tormenta.

Ahora que digo la palabra tormenta, me viene al recuerdo que yo nací un día lluvioso. Eso contó mi madre. Nací en abril y en aquel año estuvo veinte días lloviendo. Parece como si la agitación del cielo se me hubiera metido dentro, y la oscuridad, ¿verdad? Ese velo grisáceo, esa cortina de tristeza que ofrece la lluvia al caer, y el peso de las nubes, la amenaza, la claustrofobia de su cercanía, tantas, sí, eso es, me siento tempestad, adversidad, desgracia. Me siento gris y borrasca, me siento llanto...Perdone doctora Jiménez, perdone que me desvíe de la historia, pero es que son tantas emociones de golpe.

Día 2. Razonar: “El inconsciente freudiano existe como reducto al que limitar pensamientos difíciles de digerir por la consciencia. Ésta los bloquea manteniéndolos lejos de sí misma. Sin embargo, el Nuevo Inconsciente no se fundamenta en fuerzas de motivación y pulsión ni en formas de represión o bloqueo de pensamientos según su contenido. La relación entre los procesos conscientes e inconscientes actuales no se fundamenta en mecanismos de defensa, sino en la arquitectura del cerebro, que simplemente no está hecho para que todo lo que ocurra en él tenga una transcripción a la consciencia humana.”

Nos llegó una carta de una vecina, la señora Dolores, avisándonos de que el día veinticinco de ese mismo mes, a las cinco de la tarde, los cuatro hermanos debíamos reunirnos en la casa familiar. Nos anunciaba el fallecimiento de mi padre y la necesidad de liquidar el único bien que había a su nombre: la casa. No entendí cómo supo lo acontecido, alguna notificación que cayó en sus manos, por azar, por vivir puerta con puerta; no daba con los hechos, vaticiné sin conocer.

La señora Dolores, siendo justos con su recuerdo, fue la única que nos ofreció ternura y cuidados en nuestra infancia, quizás, por esa razón, guardaba su imagen intacta. Carnes abundantes, brazos abiertos y calientes que me cobijaban en momentos de miedo. Ropa limpia y bizcocho de almendras cocinado por ella, para merendar. Sus palabras siempre consoladoras. Decía que la vida no era fácil para nadie y que yo, de mayor, sería una mujer fuerte y capaz. Pasé horas leyendo y aprendiendo a su lado, abrigada por la paz de su hogar (donde jamás se vivió el miedo de la violencia), escuchando sus consejos de madre, de madre de mentira, claro, porque ella nunca engendró aunque a ratos crió con mil amores. La había añorado tanto y tanto...

Fue entonces cuando se me desplomó el mundo, no por la muerte de la bestia, no, ni mucho menos, esa fue la mejor de las noticias, sino por la necesidad de regresar a la locura del dolor, a la extravagancia macabra del pasado, a la tortura de voltear la cabeza y husmear lo repudiado. ¡Maldita casa!

No pude contactar con ninguno de mis hermanos. Puede que tampoco indagara lo suficiente. ¡El miedo, siempre el miedo haciendo de las suyas! Los días de espera se convirtieron en una agonía. Pensé en no acudir, en dejar que hicieran lo que quisieran con aquella maldita casa, ¡tuve tantas dudas!; sin embargo, algo me estiraba hacia ella, algo me obligaba a tragar los nudos que oprimían mi garganta y atravesar sin condolencia por el filo de la tortura; podría cortarme, podría caer derrumbada, podría terminar encerrada para siempre en la boca que se abría a cada instante para tragarme (la peor de las calamidades), pero nada ofreció tanta fuerza como mis indescifrables ansias de regresar. Debía, una vez más, ser valiente.

Amaneció un día lluvioso. ¡Cómo no! El cielo se dibujó como un jirón de carbonilla que amenazaba con desplomarse, doctora, como si la tormenta que guardaba mi cuerpo se precipitara sobre las nubes, como si hubiera vomitado la negrura de mi recuerdo y apareciera entonces un escenario empeñado en hacerme recordar, con su pose, mi desgraciada procedencia. Un maldito decorado que me encogió, que me manipuló a su antojo.

Llegué tras varias horas de viaje en autobús, harta de cavilar, de presagiar lo peor. Soplaban un viento terrible, como huracanado. Consiguió partirme tres varillas del paraguas y terminé con

el abrigo empapado por la lluvia. No me importaba. Alcancé el número treinta y dos: mi casa. La contemplé durante minutos. Menguada, deslucida, más consumida que en el recuerdo. El olor de los rosales salvajes, la humedad del suelo; todo me buscó para concienciarme del regreso al origen. Aterrícé e interioricé el momento.

La puerta estaba abierta y golpeaba contra el marco, un aporreo lóbrego en consonancia con la desolación de su estado. Astillada, la puerta estaba astillada y se me clavó su madera cuando la agarré al pasar. La yema del dedo índice comenzó a sangrar y, en un acto reflejo, lo metí en mi boca. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, intimidante.

Pasé y la suciedad lo cubría todo como un manto de deformidad. Aunque la casa era la misma, al regresar a ella todo estaba alterado, quizás el recuerdo se había dibujado a su antojo. Contemplé y revisé la realidad adulterada.

Día 3: La doctora me pide que razone sobre la siguiente pregunta: ¿A dónde va un pensamiento cuando es olvidado? Además, en otra hoja ha escrito dos citas de Jan-Markus Schwindt, físico teórico e idealista. Primera cita: “No creo que la mente exista en el mundo físico. Creo, más bien, que el mundo físico existe dentro de la mente” Segunda cita: “La mente consiste en una unidad que observa conscientemente y otra que procesa inconscientemente, como en un sueño”

Llamé a los mellizos y llamé a Mariana. Apareció un hombre y reconocí sus rasgos. Era uno de mis hermanos. El perfil de un niño tragado por los años, una belleza desenfada, como casual, una alegría la expresión que se le dibujó al verme. Se abalanzó sobre mi cuerpo y me besó. ¡Daniel! Nos quedamos junto a la puerta y, mientras hablábamos de quiénes éramos, mientras nos enseñábamos después de veintiún años de ausencia, apareció Roberto. Sonreímos, los tres sonreímos y nos echamos a llorar.

Las cosas no habían marchado mal, no, y eso propició que nos relajáramos en una amena conversación. Mariana no quiso venir, nos lo contó mientras se ofrecía a nosotros en un abrazo imperioso, no quiso venir, pero al final apareció. Continuaba tan hermosa como siempre, y cariñosa también. Sus labios, como una rosa por abrir, como un capullo ingenuo, como una seda exótica se perfilaban con la elegancia de su gesto, siempre confiado, contrastando con la soberbia de su mirada curiosa, contrastando con un pasado que no tendría que haber vivido. La abracé y respiré la dulzura natural de su cuerpo. Lloramos. Fue el abisal de sus ojos lo que me hizo recordar su desgracia, lo que me hizo verla bajo el cuerpo de nuestro padre, galopada por la bestia, atravesada por la desgracia, salpicada por un reguero de

dolores hondos, de dolores que nos matan a trozos, dolores que se eternizan en lamentos. Y ella repartió sus ojos por la casa, y contaminó cada rincón, ¡pobre Mariana!, y nos trasportó a carne sobre carne, a mezclas imposibles, a fruiciones corrompidas.

Recorrimos la casa, una ruina y un cementerio de desgracias. Al entrar en el dormitorio principal nos vino la imagen de nuestra madre. Hacía meses que no me acordaba de ella, doctora Jiménez, meses donde su último recuerdo se había disipado como el rastro de un avión en el cielo, como ese humo blanquecino que se mezcla entre el hálito de una brisa que lo confunde, que lo desdibuja o lo deshace, un recuerdo hecho humo, un humo que desaparece. Olvidé su decisión tardía, olvidé su resurgir, olvidé cómo parece que fue capaz de quitarse la suciedad de sus ojos y obligarse a mirar. Y miró, doctora, miró y se enfrentó a mi padre. Ninguno pudimos haberlo imaginado. Era tanto el miedo, la parálisis, el sometimiento. Había vagabundeadado por la vida tras un velo de impasibilidad, como ajena, distante, fría. A estirones, manejada por la desgraciada locura de mi padre. Yo pienso que fue buena mujer, aunque el papel de madre, al lado de ese tirano, terminó por tragársela. Le hubiera pasado a cualquiera. No, no la voy a juzgar. Y fue entonces, al atreverse a mirar y envalentonarse, cuando la fiera la masacró, la dejó metida en cama más de un mes, tras una paliza de muerte.

Aún recuerdo los gritos, los golpes, aún recuerdo la sangre que brotaba de su cuerpo, sus carnes abiertas, su mirada perdida, perdida... Esperó, y cuando pudo ponerse en pie lo denunció. No quiso que nadie la acompañara. Pretendió la soledad y, renqueando de la pierna derecha y con el brazo en cabestrillo, caminó hasta la policía. Denunció el maltrato, y denunció los abusos hacia su hija. Jamás regresó, jamás la vimos entrar en casa, jamás la pudimos recoger. Ninguno de sus hijos. Jamás. Ausencia de despedidas. Eso creo que nos marcó. No poder acariciar a nuestra propia madre el día de su muerte. Fueron tantos y tantos los despropósitos en aquella maldita casa... Salió de la comisaría y caminó. Eso dicen. Seguramente lloraría nuestra suerte, seguramente su dolor era tan inmenso que ni el recuerdo de sus hijos, ni la fuerza de nuestros brazos fueron suficientes para agarrarla; porque ella voló, mamá voló allá donde quiso, allá donde el deseo de una sonrisa la arrastró, voló con la única certeza de escapar, voló y seguramente se disipó en el vacío donde tantas veces había escondido su mirada. Dicen que la encontraron a dos manzanas de la comisaría, con las muñecas vaciando su cuerpo, tirada sobre los adoquines de la acera, muerta y seguramente contemplándose desde el cielo. Dicen, doctora Jiménez, porque no la pudimos ver, no la pudimos velar, no le pudimos desear mejor suerte allá donde volara.

Mi padre fue detenido y encarcelado, un sosiego íntimo, y nosotros recogidos en centros hasta que cumplimos la mayoría de edad. Aquí, allá, tiempos mejores, tiempos peores... Un

peregrinar, doctora, un peregrinar que se queda para cada uno. Una vida poco complaciente, ya le digo, doctora, aunque una se quiera consolar con paños calientes, inservibles, totalmente ineficaz cualquier intención de alivio.

Día 4: Al final de la sesión, la doctora regresa a Freud. Embebido en sus investigaciones afirmó que el presente colorea el pasado, que los recuerdos no son siempre lo que parecen y, por lo tanto, no deben considerarse hechos ciertos. Además, existe hoy un consenso generalizado de que la memoria es, a la vez, cambiante y creativa.

Me quedo absorta, intentado desmenuzar tantísimo contenido y poder, así, procesarlo.

Abandonamos el dormitorio y, al ver que eran más de las seis, decidimos ir en busca de la señora Dolores, la vecina que había propiciado la reunión. Yo guardaba el deseo de abrazarla, de contarle que no todo había sido malo, mis vivencias y sentimientos cuando ayudo a chicos y chicas que han protagonizado sucesos como el mío. Guardaba la ilusión de volver a sentir el calor de sus brazos.

Roberto salió a la calle. Todos esperábamos ansiosos. A los pocos minutos entró (con el rostro desencajado) anunciando que la casa de la señora Dolores estaba vacía, abandonada y vacía. No entendíamos nada, ninguno sabíamos qué era lo que estaba pasando, porque si la señora Dolores no estaba, si la casa parecía abandonada, ¿quién demonios había escrito las cartas?

Se escuchó un ruido y los cuatro nos asustamos. Mis hermanos corrieron hacia la parte trasera de la casa. Mariana y yo atrancamos la puerta de la entrada principal, pensando que la corriente habría abierto la portilla del corral. Aguardamos, doctora Jiménez, esperamos agarradas de la mano, asustadas y agarradas esperamos.

No tardamos en descubrir la trama, no tardamos en destapar la mentira, previsible para el mundo, probablemente, pero para nosotros hasta entonces no. Fue cuestión de minutos que mis hermanos aparecieran de espaldas, caminando hacia atrás, encañonados por la bestia, un esperpento grotesco y extravagante de la depravación, un trozo, un poso, un espectro impreciso de lo que un día fue, empeñado en no acabar, obstinado en seguir siendo: ¡maldito capricho senil!

Era un anciano tembloroso que continuaba imponiendo sus leyes, un viejo retorcido en su propio término. Mis hermanos continuaron hacia atrás dirigidos por el endiosamiento de un arma de fuego. Quisieron quedarse delante de nosotras, protegiéndonos con sus propios cuerpos, pero la bestia decidió tenernos a todos en línea, a tiro de su cobardía disfrazada y

mandó que nos colocáramos a su gusto. Hizo un desagradable gesto con la cabeza indicando que Mariana se acercara. Ella nos miró y obedeció. La agarró del pelo y con la pistola le frotó los pechos. Le perfiló el cuerpo con el frío cañón del arma y terminó clavándose en el sexo, ¡zas!, sin contemplaciones. Mariana intentó zafarse, pero la bestia le propinó un puñetazo en toda la cara. El labio le comenzó a sangrar y con su lengua blanquecina y trémula recogió la sangre que caía por la boca de su hija.

Yo miraba cómo Daniel apretaba los puños, y veía que la furia que amarraba con sus manos estrujadas le salía por los ojos, y se mordía el labio con una rabia desmedida. No podía volver a ver a su hermana víctima de los abusos de la bestia. Aprovechó los lametones del padre, aprovechó el éxtasis incontinente del viejo estremecido para abalanzarse sobre él como una alimaña, encaramándose sobre su cuerpo maltrecho, haciendo justicia, la sentencia que necesitábamos los cuatro hermanos. Le siguió Roberto, y un enredo de brazos y voces llenaron de nuevo la casa.

Pero ahí no quedó la cosa, no, ni mucho menos. En ese mismo momento la puerta de la calle se abrió y una anciana apareció empuñando un arma. En un principio, solo Mariana y yo la vimos. Dimos un respingo, la locura pretendía tragarnos, sin escrúpulo. No podíamos creerlo. Mi madre, era mi madre o lo que quedaba de ella. Ya nada tenía sentido y la mentira bosquejó su rostro. Yo no sabía dónde descansar mis ojos, qué atender. Se oyó un disparo. Mariana y yo retrocedimos. Todos nos miramos, más locura, y fue entonces cuando descubrí a la bestia con la pistola entre sus manos. Intentamos zafarnos. Los dos viejos dispuestos a ajusticiarse, uno frente a otro, odio. Mis hermanos no dieron oportunidad al duelo. Se abalanzaron sobre él. De nuevo los brazos se enmarañaron, de nuevo enredo y voces. Aquella contienda parecía no acabar nunca. No soy capaz de registrar si pasaron segundos, minutos, días. Lo que sí corrió por delante de mí fue mi vida entera. Un frenesí inaguantable. Por fin la bestia cayó al suelo con un disparo en el pecho. El silencio echó raíces. Quietud y mutismo sin pretenderlo. Aguardamos hasta que la conmoción nos permitió reaccionar.

Después los cuatro acudimos a ver el último aliento de nuestro padre, a comprobar que realmente moría y nunca más temeríamos su presencia. Una absoluta necesidad. Murió, en pocos segundos murió, y fue entonces cuando vimos a Daniel cómo se amarraba la pierna con su camisa, cómo intentaba cortar una hemorragia que parecía arrancarle el color del rostro. Llamamos a la policía y a la ambulancia. Se personaron de inmediato y realizaron su labor librándonos del miedo grabado durante años. En menos de una hora estábamos en el hospital, acompañando a nuestro hermano y rogando por su salud, la única preocupación entonces.

Con esto, doctora, he cumplido mi objetivo. No dude si le digo que hasta ahora no había sido capaz de contar lo ocurrido, de poner en orden los hechos, sí, créalo. Lo había intentado en otras ocasiones, pero no piense que resulta fácil. Ahora que me reúno con usted es cuando mi boca toma la fuerza suficiente y se atreve a decir lo que mi cuerpo le ofrece o le lleva ofreciendo durante años. Parece que, afortunadamente, se han aliado en mi favor.

Mi suerte ha cambiado. Ahora canalizo las emociones que me produce reconocer quien soy y las utilizo para ayudar a gente como yo. Ahora resucitó la fraternidad, en un escenario de paz, la que nunca debió de faltar. Cada dos por tres me reúno con ellos, compartimos vida, bromas, ganas de echar hacia delante. Confieso que deseo verlos a cada rato. Siento que la vida nos muestra su camino, la vida que nos atrincheró en su sótano oscuro y pestilente ahora nos regala la ansiada libertad.

¿Quién disparó?, ¿me pregunta usted que quién disparó? ¿Sabe qué le digo, doctora? Allí solo vi brazos, allí encontró la muerte el que ya la traía; podríamos decir que fue un suicidio, ¿no le parece? Sin embargo, y aunque ella no tuvo oportunidad de cometer el crimen, fue mi madre la que se entregó a la policía declarándose la autora de los hechos. Desapareció su estela cuando la metieron en el coche policial, esposada.

Ninguno le preguntamos absolutamente nada, no cuestionamos la mentira, el tiempo de ausencia, el desamparo, quizás ya no nos interesaba lo que había quedado a nuestras espaldas. Murió en prisión, a los pocos días, durmiendo y con una sonrisa en los labios. Esta vez sí que la pude despedir, esta vez clausuré el episodio con un final innegable y eso me ha permitido agarrar mi vida con las manos y poder acariciarla.

“Nos sobran los motivos”.

Dedicado a todas aquellas personas que han buscado una segunda, o tercera, o cuarta oportunidad en la vida.